

Mis dos encuentros con Amador Neghme

My two meetings with Amador Neghme

Walter Ledermann Dehnhardt¹

¹Centro de Estudios Humanistas Julio Prado.



De acuerdo a la discutida wikipedia el armenio George Gurdjieff (1866-1949) fue un maestro místico, escritor y compositor de origen ruso, quien se autodenominaba “un simple maestro de danzas”, cuya obra más conocida es “Encuentros con hombres notables”, que él mismo llevara al cine en 1979. Modestamente, yo me he puesto a escribir mis “Encuentros con profesores notables”, empezando, cronológicamente, por Amador Neghme, a quien conocí en 1958 al cursar el tercer año de medicina en la Universidad de Chile.

No sé ahora, pero entonces los ramos de microbiología y parasitología, que se dictaban por separado, estaban

ubicados un año antes de que iniciásemos el estudio de la medicina misma, de manera de poco nos servían, así, distantes de la clínica. De los dos, el primero me parecía atractivo y misterioso, en tanto que el segundo me desagradaba *a priori* por los gusanos y las arañas, seres repulsivos.

Queriendo remediar en parte esta desventaja, el Profesor de Parasitología Amador Neghme incluía en su curso una “pasada” por el policlínico de la especialidad y la obligación de hacer visitas epidemiológicas en la comunidad, dos actividades que nos hicieron más odioso el ramo. Ya el profesor nos parecía poco simpático y hasta temible, siempre severo, casi adusto y proclive a reprensiones irónicas; por otra parte, su presencia física no era atractiva: obeso, con un delantal arrugado cuyos botones parecían a punto de reventar, gruesos anteojos redondos, todo el tiempo acompañado por un ayudante que parecía un clon suyo. El fácil ingenio de los alumnos, al conocer las vinchucas del chagas en el laboratorio, bautizó sin ningún respeto al binomio como “los vinchucos”.

Así las cosas, con un compañero mío, pequeño de estatura y de rostro más que juvenil, partimos en el Hillman 48 de mi padre a hacer las visitas a los hogares de los pacientes que se nos había asignado. Mientras yo hacía las preguntas generales del formulario, mi compadre pedía permiso para ir al baño, donde recababa valiosa información sobre la higiene familiar. Viéndonos, la dueña de casa solía exclamar:

--¡Tan jovencitos y ya doctores!

Si esta actividad nos resultó entretenida y cumplimos la cuota de visitas exigida, no ocurrió lo mismo con la pasada por el consultorio, tanto así que yo no llegué al 50% de asistencia. ¿Por qué? Sentía que estaba de sobra, carente de conocimientos médicos y sin una labor definida, de modo que abandoné y me quedé en espera del castigo. ¿Sería reprobado por tamaño atrevimiento?

Correspondencia a:

Walter Ledermann Dehnhardt
humanitasjulioprado@gmail.com

No lo fui, saliendo del paso con singular osadía. Estimando que la mejor defensa es el ataque, técnica que aplicaba en el ajedrez, reemplacé el informe que se nos exigía sobre la pasada con una fuerte crítica a esta actividad, lo envié y esperé el resultado, recordando la historia del *obispo in partibus* que afectara a un compañero que faltaba mucho a clases:

--Usted – le dijo Neghme – es un obispo *in partibus, infidelium*. ¿Sabe lo que es? Es un obispo que no tiene diócesis. Y usted no reside en ésta.

Como el alumno lo mirara con cara de sorpresa, le aclaró que era un obispo al cual se le asignaba una diócesis en países de infieles, es decir, en territorio no cristiano, donde desde luego no residía y, por ende, mal podía ejercer, y a usted, terminó diciendo, se le ha asignado sede en Babia.

Tuve entonces un barrunto de que un día conocería al profesor como hombre muy ilustrado y empecé a tener respeto, sensación que se confirmó cuando me llamó a su oficina.

--Hemos leído con los docentes con mucho interés sus observaciones, que nos llevarán a revisar la atención en policlínico – me dijo.- Nos gustaría contar con usted para una pasada extraordinaria, que le permita investigar a fondo nuestros procedimientos, si dispone de tiempo.

Lo miré y vi que no bromeaba.

--Es bueno contar con alumnos con espíritu crítico; son siempre una ayuda para mejorar nuestra labor – agregé.

¡Plop! ¡Cazador cazado en su propia trampa, tiro por la culata! Me excusé lo mejor que pude, aduciendo que trabajaba en mis horas libres para poder comprar libros; mi respuesta le agradó, quedamos amigos y salvé el ramo.

Cuando más tarde me enteré de quién era en verdad el personaje, titulado de médico el año de mi nacimiento; de su brillante carrera médica como parasitólogo y como salubrista y de su excelente gestión cuando, ya jubilado, se hizo cargo de la Biblioteca Regional de Medicina de la OPS, con sede en Sao Paulo, me avergoncé de mi atrevimiento, lindante en la insolencia, y recordé su amabilidad, su llaneza y la seriedad con que evaluó mi informe, y lamenté, tardíamente, haber mentido para rechazar su oferta de hacer una investigación bajo su tutela.

Dos años después de aprobar digna, pero no brillante-

mente el ramo, caminaba yo hacia el Hospital JJ Aguirre desde el paradero del trolebús de la línea 4 en la Estación Mapocho, (a la cual ya no llegan trenes porque los originales chilenos no creemos en su utilidad y consideramos necios a los ingleses por haber llenado India con ellos), cuando al cruzar Artesanos alguien me detuvo del brazo, diciéndome:

--Cuidado, Ledermann, que este cruce es muy traidor.

Reconociendo al Profesor Neghme, respondí, metiendo la pata otra vez, con un necio juego de palabras que no le arrancó ninguna sonrisa:

--Un “*cruzi*” traidor como el del *Trypanosoma*.

--El ingenio no es su fuerte, Ledermann –me dijo, amostazado, al cabo de un rato.- No hay ningún *Cruzi*: el nombre se debe a Oswaldo Cruz, quien trabajó con Carlos Chagas, de quien fue muy amigo. En Brasil hay tres institutos similares a nuestro Bacteriológico: uno lleva su nombre y los otros dos son el Adolfo Lutz y el Butantan. Debiera enseñarse la historia de la medicina en nuestra Universidad; creo que es indispensable conocer el pensamiento de quienes nos antecedieron.

--Perdón, profesor – dije, contrito; - lo confundí con Grassi, el de la malaria. ¿Hay todavía malaria en Chile?

Salí del paso, pues se lanzó el maestro en una larga y amena descripción de la lucha de Juan Noé para erradicarla, con variadas peripecias antes de llegar al triunfo final, omitiendo modestamente su destacada participación, hasta que llegamos a la sede de Borgoño: tan absorto iba yo en su charla que había me olvidado de mi destino.

--Es usted un alumno muy singular -- me dijo, tendiéndome la mano.

Viendo mi cara de pregunta, al no entender si era un elogio o una crítica, me explicó:

--*Singularis*, raro, único en su especie. Y recuerde, mi oferta sigue en pie; usted es observador, analítico y mesurado: en fin, un hombre de laboratorio.

Y me pregunto si no habré perdido mi tiempo siendo toda mi vida un *obispo in partibus*, errando el camino a través de diversas especialidades hasta refugiarme en la historia, ahora que en Italia hay sabios profesores que, para vergüenza mía, por escribir sobre Grassi y la malaria me consideran “*un grande parassitologo cileno*”.